

EL TIPOGRAFO



ÓRGANO DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL GREMIO TIPOGRÁFICO

MONTEVIDEO, Agosto 31 de 1895

PERIODICO QUINCENAL
Fundado el año 1883

2.ª Época — Año I — Núm. 6

Todos los tipógrafos y todos los que simpaticen con el mejoramiento moral y material de la clase obrera, tienen derecho á hacer públicas en esta humilde hoja sus opiniones y aspiraciones en ese sentido, siempre que la forma sea culta y agena á cualquier sentimiento que pueda herir la dignidad personal.

Los artículos y correspondencia serán dirigidos al administrador ó al Presidente de la Sociedad Tipográfica.

ADMINISTRACIÓN: CERRITO 91

Administrador: ANDRÉS CASTRO

Sociedad Tipográfica Montevideana

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente Andrés Otermin
Vicepresidente Francisco García
Secretario Juan Bonifaz y Gómez
Prosecretario Juan Palleiro
Tesorero José López Villar
Protesorero Cirilo Saravia

SUPLENTES

Presidente, Luis Reyes y Carballo; Vicepresidente, Gregorio V. Mariño; Secretario, Santiago Ponti; Prosecretario, Juan J. Iglesias; Tesorero, Eduardo Ramos; Protesorero, José Romay.

Residencia de la Sociedad Tipográfica, Queguay 67

EL TIPOGRAFO

La huelga en «El Día»

Cansados de soportar tanto abuso como el que se comete en la imprenta de *El Día* con los tipógrafos que trabajan en ella, resolvieron días pasados declararse en huelga seis á ocho — cuyo número no sabemos de cierto — acto que llevaron á cabo con la más firme resolución, y en el que desgraciadamente, no fueron secundados por el resto del personal, como debieron haberlo sido, porque razón había de sobra.

Así es, que esa especie de huelga hizo pasar un mal rato á los regentes, pues tuvieron que recorrer las calles de Montevideo golpeando puertas y viendo personas para que los sacaran del apuro, dándoles noticias de dónde vivían oficiales de los que ellos desean tener: que paren bastante letra, ganen poco y se allanen á todo; estas son las condiciones esenciales que hay que reunir para tener contentos á los dos y al tercero, y no decimos al dueño, porque estos señores tienen la confección del diario por un tanto.

Después de mucho corretear y de poner de manifiesto lo *desagradecidos* que eran los que estaban tan bien remunerados y que tan poco trabajaban, consiguieron encontrar reemplazantes para llenar las vacantes ocurridas.

Hoy está completamente constituido el personal tipográfico de la imprenta de *El Día* y todo marcha á las mil maravillas,

para los regentes, entiéndase. La paz es en los espíritus y el contento en el corazón.

Las condiciones en que trabajan los operarios en esta imprenta no pueden ser más lamentables. Pero si se piensa que los regentes tienen por su cuenta el trabajo, á nadie puede extrañar que allí se haga lo que se hace, porque estos señores harán lo posible por sacar el mayor lucro, se perjudique quien se perjudique; á ellos nada les importa el mal ageno, el caso es satisfacer el yo, y no desperdiciar las oportunidades cuando se presentan, porque éstas vienen una sola vez y no dos.

Debido á esto mismo, es que se ve que en *El Día* se paga á los oficiales ¡VEINTE y VEINTICINCO pesos al mes! ¡Esto no es tener conciencia! Por muy mal que haya estado el trabajo, nunca se ha visto en Montevideo ofrecer á los oficiales tipógrafos, que medianamente sepan cumplir con su deber, sueldos como lo que ofrecen y pagan los presupuesteros que hoy asedian las imprentas.

En el establecimiento aludido, todo es irregular: los sueldos, el horario y la constitución del personal.

Hay operarios que trabajan cinco horas por la mañana solamente: éstos ganan cinco reales por día. Otros entran á las siete, van á almorzar después de estar cerrado el diario, y vuelven á las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche para aprovechar unas cuatro horas con el objeto de adelantar la composición.

No hay para los tipógrafos fiestas patrias ni religiosas; ni los domingos se respetan, y se les hace trabajar medio día de la mañana.

Como se ve, todo se amolda siempre á gusto y placer del dueño con perjuicio del obrero.

Lo que extraña sobremanera, es que en los diarios que más hablan de liberalidad y se muestran compasivos con los que sufren, es en donde se tiraniza y explota en mayor escala á los que por desgracia tienen que trabajar en sus imprentas.

El capitalista que escatima y los regentes que no le van en zaga, no desperdician la ocasión para aprovechar en bien propio el estado actual porque atraviesa el país. Que un diario haga una propaganda, y de las puertas adentro se elabore lo contrario, nada importa, el público lo ignora; la humanidad y el desprendimiento del director están á salvo de la vindicta pública, para eso se sacrifica por el bien del pueblo; venden el diario barato y defienden ideas liberales: igualdad y fraternidad.

¡No puede haber mayor sarcasmo!

Mientras los tipógrafos no traten de unirse para contrarrestar los abusos de los propietarios de imprenta y regentes presupuesteros, que son los peores enemigos, no se hará nada con las huelgas, como sucedió con la que con justa razón se hizo en *El Día*.

Es preciso luchar contra unos y otros. Pero antes hay que unirse.

Dignos representantes del arte tipográfico

ANTES Y AHORA — (APUNTES)

IV

De los anales tipográficos montevideanos que venimos utilizando en la tradición, así como de la observación personal, se desprende que el arte de Gutenberg, ha tenido entre nosotros, desde la época del coloniaje hasta la fecha, muchos y muy dignos representantes, tanto entre los hijos del país como en los extranjeros, que por circunstancias diversas han tenido necesidad de arribar á estas hospitalarias playas.

Dijimos en el segundo artículo de la propaganda que hemos iniciado y en la que se nos viene alentando de una manera que mucho nos honra, debido, más á la benevolencia de personas amigas que á nuestros escasos méritos, que entraba en el plan que al respecto nos trazábamos, el deseo de no hacer omisiones conscientes, desde que el propósito fundamental del trabajo se apoyaba en dar á cada compañero el puesto que le hubiera correspondido, bien entre los antiguos, entre los tipógrafos que habían colocado los primeros jalones para llegar á nuestro pequeño falansterio de tan hermoso cual gráfico arte, como en los que han venido sucediéndoles en una labor tan fecunda, llegando hasta el momento presente, exponiendo á la vez que, para nosotros, habiendo méritos, jamás habría excluidos.

Creemos haber ido cumpliendo con la tarea que nos impusimos, talvez superior á nuestras fuerzas intelectuales, dispuestos siempre á aceptar las indicaciones razonables que se nos hagan por quienes puedan aumentar las informaciones que vamos sucesivamente presentando. No hay otro norte en esta propaganda que contribuir en lo posible al mejoramiento de la situación en que, hoy por hoy, se encuentra el obrero tipógrafo en Montevideo, en que se le reglamenten las horas de trabajo, como las tienen los demás gremios, en que el sueldo se pague con arreglo á los conocimientos de cada uno, y en que la niñez no sea víctima de la ignorancia propia de su edad ó de la de sus padres ó tutores, en provecho particular de los que pomposa pero injustamente suelen llamarse benefactores, así como el de que nos agrupemos todos alrededor de la benemérita Sociedad Tipográfica Montevideana.

La labor será larga, talvez pesada, para quienes han empezado á aprender; sin embargo, trataremos de reducirla á la menor expresión posible, sin sacrificar, es claro, los detalles más salientes, esos detalles que podrán ser utilizados mañana en la formación de un trabajo más completo que el nuestro.

De ahí, pues, los rasgos que ofrecemos, trazados, es verdad, muy á la ligera, de tipógrafos orientales y extranjeros que merecen especial mención y de otras personas que han seguido con marcado cariño, la vida, las vicisitudes, más bien dicho, de nuestros obreros, de mis colegas en la lucha por la existencia.

Ricardo Goodaall, no era materialmente tipógrafo, de componedor en mano, pero pasó toda su vida junto á los talleres, estudiando, observando bien de cerca la vida del obrero, y de ahí precisamente que les apreciara, que les quisiese tanto á todos, cual si fueran miembros de su familia, cariño, que la verdad sea dicha, le fué siempre retribuido.

El que tratará á Goodaall, forzosamente tenía que apreciarle, tales eran de relevantes las condiciones que le caracterizaban. Si hubiera sido hombre de fortuna la habría repartido entre los necesitados. Alcanzó en la masonería, en el Gran Oriente del Uruguay, uno de los cargos más elevados. Estaba tallado en el molde de los verdaderos filántropos, de los que hacen el bien por el bien mismo, sin preocuparse jamás de recompensas ni de gratitudes.

El importante diario *El Siglo*, uno de los más distinguidos órganos de publicidad del Río de la Plata, iniciado y fundado por otro gran filántropo, el estadista don Adolfo Vaillant, hombre de recuerdo inolvidable en este país, al que prestó tantos servicios, siendo uno de sus más salientes factores de progreso, en múltiples y positivas manifestaciones, contó á Ricardo Goodaall, desde sus primeros pasos, en 1865, en el escogido personal de administración y redacción. Con honradez acrisolada, actividad infatigable, inteligencia clara, sensatez y carácter firme, el compañero extinto llegó á ocupar los puestos de mayor mérito, de más dificultad en *El Siglo*, muriendo en 1890, como el soldado valeroso al pie de su bandera, empleado en el establecimiento en que empezara su carrera, causando su fallecimiento dolor sincero, íntimo, no sólo allí donde tanto se le quería porque sabía hacer e querer, porque nunca tuvo doblez en su modo de ser, sino también por todos sus demás amigos. La noticia de la muerte de Ricardo Goodaall, cuya vida, puede sin exageración decirse, estuvo identificada al diario *El Siglo*, fué un duelo general entre periodistas, tipógrafos y demás hombres de imprenta en esta capital.

Pues bien: á Ricardo Goodaall, á aquel espíritu culto, le debe la Tipográfica Montevideana muchas y muy señaladas atenciones. Desde que se inició en 1869 la fundación de dicha Sociedad, fué aquel hombre virtuoso, el más empeñado en que se llevara á cabo, no escatimando esfuerzo de especie alguna para la mejor realización del propósito que se tenía en vista. Formó parte de varios directorios por el voto unánime de los consocios. Estuvo á su cargo varias veces la tesorería. La prolijidad con que atendió esa repartición una persona como él, tan ocupada siempre, puede servir de modelo. Era severísimo en el cumplimiento del deber.

Cuando la Sociedad Tipográfica fué defraudada en todo su capital, por un miembro que olvidó sus deberes de honradez, el señor Goodaall, trabajó incesantemente para que pudieran reunirse nuevas y considerables sumas, alcanzando un éxito espléndido en corto tiempo. Tomó la iniciativa en las logias á que pertenecía, en los clubs sociales y en otros centros donde se iniciaron provechosas suscripciones. En tan plausible tarea le secundaron entre otros, que por el momento no recordamos, los señores Reynaud Renaud, Adolfo Cabrejo, Santiago Michelini y Luis de Torres.

Casi todos los trabajos se hacían en la imprenta de *El Siglo*, donde el señor Miguel Alvarez, facilitó sin limitación alguna aque-

lla casa para las reuniones que se celebraban, así como decidió que fuera velado allí mismo el tipógrafo, poeta y corrector de pruebas de dicho establecimiento, Eduardo Sueyras, de nacionalidad español, que había fallecido en el Hospital de Caridad, donde la Tipográfica Montevideana le atendió correctamente, en sala particular, por no tener aquí familia aquel inolvidable amigo, á quien la muerte sorprendió en la mejor edad de la vida.

Otra de las personas que prestó buenos servicios á la Tipográfica Montevideana en la época á que nos referimos fué el caballero don César A. Dupont, á la sazón director de Cementerios. Á sus buenos oficios se debió la más pronta adquisición del panteón que la Sociedad posee á la entrada de la gran necrópolis del Buco y el que se obtuviera por una suma módica.

Rafael Pose y Blanco, español, es también uno de los tipógrafos que se distingue por su talento, no sólo en el arte á que ha consagrado su vida, sino en las letras y las ciencias. Es autor de un manual de tipografía, un folleto sobre física y otros trabajos no menos interesantes que han merecido el encomio de las personas más competentes en la materia. Ha escrito mucho sobre asuntos importantes y versifica con inspiración y fluidez. La prensa local ha dado publicidad á muchas de sus composiciones poéticas, precediéndolas de frases elogiosas y alentando al autor que tan especiales facultades demostraba, á continuar cultivando la literatura. Si hay algo que perjudique á ese compañero, aunque por otra parte le hace honor, es su excesiva modestia. En la iglesia evangelista, á la que está afiliado desde hace años, ocupa Pose y Blanco un puesto saliente y merecido.

Eduardo Ramos, español, es uno de los propietarios de la imprenta Rural, y desempeña actualmente el cargo de secretario de la Sociedad Fraternidad. Se ha distinguido siempre por su competencia nada común en el arte que profesa y los conocimientos generales que posee, que le habilitan para figurar en primera línea. Es modelo de corrección en sus proceder es é hijo de sus propias obras; pues se ha formado sólo, trabajando y estudiando con empeñoso afán. Ha hecho cuanto le ha sido posible por el mejoramiento del obrero, tratando en diversas épocas de que la Tipográfica Montevideana ocupase el rango que le corresponde.

Francisco Arduino, italiano, pertenece á la generación que se levanta llena de generosos anhelos. Ha estudiado provechosamente demostrándolo por las publicaciones que constantemente hace en la prensa, en los principales órganos de publicidad, donde son acogidas con distinción y no se da punto de reposo en el sentido de aumentar sus conocimientos. Tiene inteligencia clara, rapidez de concepción y criterio recto. Arduino está llamado á un buen porvenir, poseyendo el envidiable mérito de una incontestable fuerza de voluntad.

El arte tipográfico cuenta en esta capital con uno de sus intérpretes más notables, con Francisco Fulcheris, quien ha sabido con el poder de su clara inteligencia, con gran talento, penetrarle en los secretos más recónditos, confeccionando trabajos que constituyen una verdadera maravilla, que son delicadísima filigrana, produciendo admiración en las personas que saben apreciar estas cosas y que comprenden perfectamente las dificultades múltiples con que el obrero, aún conociendo bien el

dibujo, tiene que luchar para que tanto y tan variado detalle den, no sólo el armónico conjunto que se busca, sino también, el relieve elegante, hermoso que ha de demostrar la estereotipación desde el primer golpe de vista como una concepción espléndida.

Dió nombre, reputación envidiable, á la tipografía de *L' Italia* en la parte de obras, el señor Fulcheris, y en Europa mismo sus obras han sido apreciadas con especialísima distinción. Valiéndose, á veces, nada más que de letras sueltas, rayas, rasgos y otros detalles insignificantes del arte que cultiva, ha hecho trabajos soberbios, doblemente meritorios por la sencillez de los elementos de que el artífice se ha servido. Cuando ha recurrido á medios más superiores, más seleccionados, el resultado ha sido insuperable, sobrepasando en lo razonable á la litografía. Es, pues, nuestro colega Fulcheris, que hoy presta los servicios de su profesión á la imprenta de *El Siglo* uno de los obreros que dan la nota más alta en cuanto al arte que inmortalizó á Gutenberg, se refiera. En cualquiera exposición universal que se realiza de trabajos tipográficos, estamos seguros que los de Fulcheris se han de hacer acreedores á uno de los principales premios.

Entre otras de sus muchas y valiosas producciones artísticas, se cuentan el frente del bonito edificio que en la calle de Misiones entre las de Sarandí y Buenos Aires ocupó *L' Italia*, las cabezas de Cristóbal Colón y Garibaldi. Están acentuados de una manera notable los rasgos fisionómicos en Garibaldi.

Está tratado el conjunto de una manera irreprochable. Además de talento, se necesita, como se comprende, para la realización de esta clase de trabajos hechos con letras sueltas, con caracteres de diversa forma, una paciencia á prueba de virtuosidad artística, y esto es lo que caracteriza á Fulcheris así que se pone á trabajar. Con artífices de tal naturaleza el arte se honra altamente, y esto es lo que sucede en Montevideo con la persona que nos ocupa, destinada á formar buena escuela entre nosotros.

Pastor Mancebo, es actualmente uno de los jefes del más importante establecimiento tipolitográfico de Buenos Aires, denominado Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. Es preciso tratarlo bien de cerca, íntimamente, á Pastor Mancebo, como lo hemos tratado nosotros durante largo tiempo, para poder apreciar los conocimientos literarios que posee, aparte de la preparación especial que tiene para distinguirse en el arte de Gutenberg. La modestia está en ese apreciable compañero que tanto nos honra á la par de su talento. Estamos seguros que estas mismas apreciaciones, muy insignificantes en razón de lo que es merecedor han de contrariarle, pero tratándose de un trabajo como el que hacemos con arreglo á nuestras pobres facultades intelectuales y á la justicia que debemos tributar á los hombres que la merecen, no podríamos en manera alguna prescindir de tan importante elemento. Vino de España, su patria, muy joven, á Montevideo, el colega que nos ocupa; apesar de esa misma juventud ya se hacía notar en los talleres por su competencia, corrección y sensatez. Todas estas condiciones y otras no menos resaltantes le colocaron bien pronto en primer término, pues apreciándolo como correspondía, se le sacó de junto al chivaote para encargarle de la corrección de pruebas en los primeros establecimientos tipográficos del país, hasta que se le ofreció campo más vasto en la República Argentina, pasando también de

corrector en *La Nación* bonaerense, al envidiable empleo que está ocupando á satisfacción de todos en la gran casa que hemos mencionado, que es la primera de este continente.

La Sociedad Tipográfica Montevideana le es acreedora á Mancebo de muy importantes servicios: pues en las épocas mas azarosas porque pasó dicha agrupación de obreros, le prestó aquel todo su concurso, trabajando sin descanso, ya en la Secretaría, ya en otros cargos, en el sentido de que se pudiera alcanzar el mejor éxito posible como todos los compañeros lo saben. Ha dejado bien puesto su nombre en los talleres tipográficos del país, Mancebo, cuyas condiciones morales son relevantes, pues nos consta el esfuerzo que hacía para enviar á sus ancianos padres en España, la mayor parte de lo que ganaba, quedándose solamente con lo imprescindible para el sostén propio. Sus ocios los pasaba entregado á la lectura de obras escogidas. Trabajaba sin descanso, moral, intelectual y materialmente y estamos seguros que ha de continuar del mismo modo, desde que los vicios le han sido siempre desconocidos. Así es como se honra el arte que se profesa.

Refiriéndose á Isidro Maseda, dice en su edición de 10 de Julio de 1891, *El Tipógrafo*, lo que sigue, sintetizando en pocas líneas la personalidad de un obrero que aún muy joven supo también distinguirse:

«Desgraciadamente se ha confirmado la noticia del fallecimiento de este distinguido tipógrafo, acaecido en Río de Janeiro el 22 de Marzo pndo.

Todos los que han tenido ocasión de apreciar las sobresalientes condiciones intelectuales de este compañero, lamentarán su pérdida. Aparte de sus genialidades de carácter, — genialidades que han sido causa de haberse alejado del seno de su familia para ir á extinguir su vida en el infecto suelo de la capital del Brasil, — pocos eran los tipógrafos que le igualasen en conocimientos anexos al arte de la imprenta, y pocos, muy pocos, los que ejecutasen un trabajo tipográfico con tanta precisión y sin par esmero.

En las labores tipográficas propiamente dichas, en que había necesidad de gran paciencia é inteligencia para vencer mil dificultades, Isidro Maseda desarrollaba condiciones extraordinarias. El, de carácter movable, de arranques insensatos, de resoluciones atrabiliarias, de opiniones é ideas abstractas, incomprensibles y empíricas, cuando se le encomendaba un trabajo difícil, de esos que ponen á prueba la inteligencia y capacidad de un obrero ¡cosa extraña! tornábase sensato, de criterio práctico, de lógica irreprochable, estudioso y constante, hasta que conseguía llevar á cabo, con exactitud y esmero, la obra encomendada á su competencia.

El corazón de Isidro Maseda era accesible á las acciones nobles; su desprendimiento alcanzaba los límites del derroche; su amistad era franca y se ponía al servicio de sus amigos incondicionalmente, sin que el cálculo egoísta llegase jamás á entrar en sus acciones.

Perteneció al Directorio de la Sociedad Tipográfica y siempre estuvo decidido y batallador al lado de las buenas causas, profesando sagrado respeto á los deberes del compañerismo, en aras de cuyo sagrado culto — que muchos invocan sin comprender y que la mayor parte reclaman sin practicar — sacrificóse más de una vez Isidro Maseda con orgullo y satisfacción ».

Tenemos muchos ejemplos entre los tipógrafos extranjeros que han contribuido en todas las formas al adelanto de nuestro arte en el país. Nos es absolutamente imposible el trazar una silueta de cada uno de ellos, así que los tomamos sin preferencia, y en este mismo sentido deseamos que interpreten nuestro modo de pensar los que nos hacen el servicio de leerlos.

En la nómina que no hemos podido todavía completar, pero que trataremos de hacerlo en otro ú otros artículos, figuran los siguientes compañeros orientales:

Bonifacio Pereira, Francisco Pérez, Manuel Pais, Joaquín Carballo, Carlos Jáuregui, Juan José Pérez, Juan Artazo, Enrique Rivero, Timoteo Salas, Bruno Balajia, Ramón Massini, los hermanos Medina, Micou, Casal, Panario, Villanueva, Benigno Pérez, Juan Baglietto, Galeano, J. Giralt, hermanos García, Ventura y Luis Arzac, hoy coronel del ejército argentino, Francisco Rey y Fernández, José Soto, hermanos Torres, José M. Rosete, padre é hijo, Eduardo García, padre é hijo, Pilar Araujo, Manuel Otero, José Miguel Burnel, Plácido Ferreira, Agustín Segundo, Pablo Casavalle, capitán Vicente Segundo, teniente coronel Cornelio Costa, José Raffo, Enrique Arbol, Enrique Mun, Ignacio Pérez, Pablo Galarraga, José Ariza, Bernabé Altamirano, Vicente Mendoza, Juan Danunzio, Serapio Ayoso, el comandante de infantería de línea Francisco Franqui y su hermano Cándido, los hermanos Carpi, Pedro Alemán, Angel Plaza, José Collazo, Antonio Grané, Juan R. Gazcón, Alfredo Rodríguez, P. Barrios, Pedro Orens, Nemesio González, Finochetti, Vigliola, Emilio Castro, Sanguinetti, Poncel, Escalera, Bonura, Jacinto Cassio, Juan Ortega.

EXTRANJEROS: — Francisco García, José Biosca, Domingo y José Antonio Costa, Vicente y José Lubrano, Adamina, padre é hijo, Eugenio Lecour, Hachín, padre é hijo, Luis de Torres, Andrés Oliván, Tolosa, hermanos Schwengel, Pavessi, Vicente Pineda, Clemente Bermejo, Gabriel Alarcón, hoy sargento mayor de nuestro ejército, Salazar, José Peón, José Castellucci, Fernández Carbajal, Demetrio Pacheco, Juan de Aro, Pedro Vera, Vicente Segura, redactor de *El Tapón* en 1876, fusilado después en España siendo teniente primero, por hallarse comprometido en el motín militar de Badajoz, á estar á las informaciones que se nos suministran, Eduardo Pineda, también redactor del mismo periódico, que ahora reside en Cuba, Rogelio Bermúdez, Leonidas Alarcón, Benito Ezquer, Angel Domínguez, Antonio Torres, Conget, Mathón, Joaquín Silva, Pedro Sindes, José Codecido, Miguel Dossio, Pedro Esperes, José Esteva, Martín Moll, Andrés Vera, José Dalmau, Julio Crehuet, Francisco de la Piedra, Mamerto Garay, Enrique Aragón, Eduardo Bordes, Manuel L. y Carrasco, José Joaquín de O. Castro, José Caldelari, Francisco F. Díaz, Antonio Gesto, Andrés Migue, Luis Alfredo Mendoza, periodista, uno de los fundadores de *El Paysandú*, en la ciudad de su nombre, Andrés Padrou, Luis Peponey, Luis Solís, Ruperto Benitez, Juan Fleches, los hermanos Baldomero y José Nuñez, Federico Graña, los hermanos Pérez, Tasso, padre é hijo, los hermanos Vázquez, Jesús Iglesias, Alberto Reylli, capitán del ejército argentino, Carlos Spiritello, Agustín Fourcade, Esteban Fontán, asesinado en la noche del 20 de Mayo de 1881, en el asalto á la imprenta *La Razón*, José Martínez, Manuel de la Fuente, Emilio

Prado, los hermanos Trencó, Ziegler, Mateu y Solé, los hermanos Eugenio y Pedro Alegre, Tejado, Julio Maseda, Narváez.

Hemos encontrado muy atendibles las observaciones que se nos han hecho referentes á la colocación de nombres, por no haberlo efectuado en el orden que de rigor correspondía. Esa falta proviene, como al presente, de haberlos ido anotando conforme los hemos recordado. Esperamos subsanar estas y otras irregularidades del presente trabajo cuando hagamos de todos estos artículos un folleto.

MANUEL LÓPEZ.

(Continuará).

Y nosotros... ¿qué esperamos?...

Esta exclamación escapa de mi pecho, cuando veo los domingos cruzar en todas direcciones de la ciudad, esos grupos de honrados obreros que entusiastas se dirigen á sus centros sociales, con el fin de coordinar ideas sobre el mejor medio de formular formal protesta contra los avances de la avaricia del capital, contra los que arbitrariamente les usurpan el pan de sus hijos. Hay entre ellos algunos exaltados, — cosa inevitable en las grandes masas obreras, — pero nadie podrá negar que los fines que persiguen son altamente honrosos y dignos de tenerse en cuenta.

Se han constituido ya las sociedades de carpinteros, albañiles, herreros, zapateros, panaderos, marmolistas y otras, siendo muy pocos los gremios que no lo han hecho todavía, pero que no tardarán en imitarle. Honor á ellos!

Y entretanto, nosotros... ¿qué esperamos?... nosotros que debiéramos haber sido los primeros en dar el paso inicial de la batalla, nosotros que debiéramos formar la vanguardia de ese formidable ejército de luchadores por la vida... ¿acaso seremos los últimos?... No; despertemos del vergonzoso letargo en que yacemos, hagamos ver que aún tenemos sangre en las venas, y desplegando nuestra bandera, corramos presurosos á ocupar nuestro puesto al lado de nuestros hermanos de infortunio, — ya que no los primeros, tampoco los últimos.

Puesto que la unión hace la fuerza, unámonos de una vez por todas, recordemos que tenemos una «Sociedad Tipográfica Montevideana», en cuyo seno debemos abrigarnos todos los tipógrafos, y sin la cual jamás podremos arribar á nada positivo: á nada benéfico!

De los muchos errores que habré cometido en mi vida, el mayor de todos es, sin duda alguna, el de haber mirado siempre con cierta indiferencia á la Sociedad Tipográfica, y á la que hoy me ha enseñado á querer la reflexión y la experiencia adquirida en el transcurso de mis pocos años.

Quiera Dios que mis compañeros de arte que hasta ahora han padecido el grave error que he padecido yo, también piensen en la reacción, convencidos de que debemos oponer una barrera á los que, si avanzan un paso más, nos cruzarán el rostro con el látigo que, en tiempo que reinaba la barbarie, cuando el fanatismo y la ignorancia cegaba á los hombres, cruzó el de los pobres parias, cuya sangre y cuya vida se vendía á vil precio, como una mercancía cualquiera!... Quiera Dios que comprendan que nuestra única tabla de salvación es la asociación, en cuyos brazos debemos arrojarlos sin dudar siquiera un momento en ello. Animo, pues,

que en nuestro camino encontraremos todos los escollos que se quieran, pero esos escollos serán vencidos y no tendremos que arrepentirnos jamás de habernos lanzado á tan gigantesca empresa.

Á la primera reunión á que fueron convocados los zapateros, se presentaron en el local de la cita más de trescientas personas, que espontáneamente se inscribieron en la lista de miembros que debe formar una de las fuertes columnas de oposición á la arbitrariedad y al egoísmo. Ellos lo han conseguido, ¿por qué no lo hemos de conseguir nosotros también?... Están muy equivocados los que aseveran que es imposible nuestra concordia; protesto contra esta aberración; podremos entendernos más fácilmente que los demás gremios, puesto que somos menos numerosos; tan sólo se necesita activa propaganda y buena voluntad.

Toca á la Comisión Directiva de la Sociedad Tipográfica tomar la iniciativa, citando á una reunión á todo el gremio, que estoy persuadido concurrirá á ella en su mayor parte, pues más que insensato será el que no responda á un llamado del cual depende el mejoramiento de su suerte, tratándose como se trata, de conseguir disminución en las horas de trabajo y una reglamentación razonable en los sueldos. — Una vez hecho esto, presenten proyectos tendentes al fin indicado, los que sean capaces de ello, y discútanse sin pasión; no formemos más aquellos estúpidos circuitos que hacían la guerra á un proyecto que, puesto en práctica, podría hacernos mucho bien; que se negaban sin fundamento alguno á apoyar una moción que envolvía la más sana intención, y que desechaban una idea, por más elevada que fuera, sólo porque el que la exponía no era santo de su devoción! Dejemos de lado las antiguas rencillas y pretensiones tan absurdas como ridículas que nos pierden; no nos importe que pertenezca á la Sociedad tal ó cual regente que es ó ha sido mal compañero. En el local social todos debemos ser amigos, porque todos defendemos la misma idea; fuera de él se resuelven las cuestiones personales.

No es á buen seguro con la huelga aislada de una imprenta que conseguiremos algo provechoso, por el contrario, es probable que empeoremos. Es necesario que la huelga sea general, en caso de que nuestros opresores no quieran ceder á los justos reclamos que les hacemos.

Imprentas hay donde se hace trabajar á los operarios DOCE y TRECE horas, cuando no CATORCE, por un sueldo tan miserable que me parece afrentoso mencionarlo, y que habiendo éstos abandonado su trabajo en una de ellas, hace muy poco tiempo, porque sus fuerzas no le permitían continuar en tan pesada y mal retribuida tarea, ví con profundo sentimiento que en el mismo día eran reemplazados casi todos, y hasta hubo un niño inconsciente que, sin darse cuenta del daño que hacía á sus compañeros y del que se hacía á sí mismo, abandonaba el taller donde trabajaba efectivo, para ocupar una de las vacantes dejadas por aquellos infelices, sonsacado por un su amigo y compañero de casa!

¿Á qué es debido esto? Muy sencilla es la respuesta: Es debido á que no reina entre nosotros el espíritu de asociación, hoy tan común entre las demás clases obreras. — Unámonos, — vuelvo á repetir — agrupémosnos en torno de la «Sociedad Tipográfica Montevideana», y entonces todos á una, hagamos saber á los tiranos que no queremos tolerar por más tiempo sus incorrectos

procederes, que queremos trabajar como seres humanos y no como bestias, y que se nos abone el sacrificio de nuestra vista y nuestros pulmones como realmente merecemos; que queremos que después de haber estado todo un día ó toda una noche al pie de la caja, en nuestros hogares no se carezca hasta de lo más necesario, como está sucediendo actualmente; que no queremos, en fin, que se nos esté asesinando indirectamente. Esta situación es ya insoportable; pongámonos coto á tan inhumano abuso, cueste lo que cueste, pese á quien pese. Nos lo impone nuestra propia dignidad!

Luchemos, pues, por nuestra redención, que es, á la vez, la de nuestras familias, y daremos así una severa lección á los que sobreponen á sus deberes su exorbitante interés personal, sin importárseles de nuestras desgracias con tal de aparecer deslumbrantes en la alta sociedad, y aparentando una liberalidad y una nobleza de alma que están muy lejos de poseer; hagámonos saber que ha llegado el momento de rendir estricta cuenta de sus mezquindades; pero hagámonoslo con la mayor altura, sin valernos de armas que debemos rechazar indignados. — Despreciemos el odio, despreciemos la devastadora dinamita y el ensangrentado puñal de Caserio, que eso no cabe en las almas grandes. Nuestra propaganda debe ser moderada; luchemos, sí, pero con la fe y la esperanza del justo, con la hidalguía y perseverancia propias del que defiende una causa santa á todas luces; luchemos sin desmayar á la mitad del camino, que nuestro supremo esfuerzo será coronado del éxito más completo, más sublime y más honroso; sublime y honroso, porque el triunfo se habrá obtenido en buena ley, y no en beneficio de determinadas personas, sino en beneficio general!

Si por un acaso, después de haber agotado todos los medios, adoptando esta norma de conducta, encontráramos alguna resistencia, aún nos quedará el último recurso: la huelga!...

¿Quién será el vencido entonces?... ¿El capitalista, adorando sus montones de oro y contemplando triste y cabizbajo sus talleres completamente vacíos y sus máquinas paradas, sin darle utilidad ninguna, porque su capricho, su despotismo, su orgullo y su arraigada avaricia así lo quiso, ó el obrero que desde lejos observará su obra con la sonrisa en los labios, satisfecho de ver que la justicia también alcanza á él; que tiene el mismo poder su roída blusa azul, que la elegante *redingotte* del opulento caballero?...

Rirá mieux qui rira le dernier!...

N. N.

CRÓNICA

Los tipógrafos de «El Sudamericano» — El director - gerente de este diario, don Florencio Escardó, obsequió con un lunch, el 25 de Agosto, á los tipógrafos que le acompañan en las tareas periodísticas, habiéndose cambiado en aquel acto afectuosos brindis y reinado la natural y democrática expansión que tanto caracteriza al caballero Escardó.

Mucho nos place ver esas demostraciones de armonía entre el trabajo y la inteligencia, y por ello felicitamos á nuestros compañeros de *El Sudamericano* y unimos á ellos nuestra voz para saludar al digno director - gerente de esa naciente publicación periódica.

He aquí, ahora, la carta que nuestros compañeros dirigieron al señor Escardó:

Montevideo, Agosto 25 de 1895.

Señor don Florencio Escardó.

Los tipógrafos del diario que usted tan brillantemente dirige, no pueden dejar pasar el día de hoy, sin felicitarlo ardentemente al ver que *El Sud-Americano* aparece en el 70.º aniversario de nuestra independencia, engalanado y rindiendo justo homenaje á los que se sacrificaron por darnos Patria y Libertad.

Al hacer esto no nos guía otro móvil que dejar constancia de que don Florencio Escardó, publicista brillante, el campeón decidido, el batallador incansable de la causa popular, hace honor á la Prensa Uruguaya.

Saludando al señor Escardó, y en su personalidad á su digna Redacción y Administración, los que tienen justo orgullo en pertenecer al diario genuinamente americano, hacen votos por la prosperidad y agradecimiento de *El Sud-Americano*.

Martin Amestoy — Manuel Rodríguez — Pedro Regueira — Alberto Blandin — Francisco Bastón — Manuel Sotto — Marcos Padin — Manuel de la Fuente.

Nos alegramos — Se encuentra muy mejorado de la enfermedad que le postró en cama, nuestro compañero Lucio Núñez.

— También nuestro colega Pedro Alegre reanudó sus tareas suspendidas en la imprenta de *El Siglo*, por haber sufrido una enfermedad aguda, de la cual se halla ya completamente restablecido.

Felicitemos á ambos amigos y hacemos votos porque la mejoría del primero continúe acentuándose.

Acuerdos — En la última sesión de directorio de nuestra Sociedad, celebrada el domingo ppdo., se acordó pasar nota de agradecimiento á nuestro ilustrado colaborador don Manuel López, por su decidida y edificante propaganda en pro de la Sociedad Tipográfica y de la causa del obrero tipógrafo.

— También se acordó no proceder por ahora á la limpieza del panteón que la Sociedad posee en el cementerio del Buceo, hasta tanto la J. E. A. no se expida favorablemente en la petición que las sociedades de socorros mutuos van á hacerle, solicitando se les permita inhumar á sus socios como se hacía antes.

El canto en el silencio — Nuestro compañero don Víctor Perdomi ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar de la fantasía en verso, de que es autor, titulada «El canto en el silencio», motivado dicho canto por la Independencia Nacional, y dedicado al Presidente de la República. Al final del tomito que contiene el canto, se hallan, también en verso, «Cuatro sueltos» y otra «Fantasía» dedicadas ambas cosas á don Daniel Muñoz.

Que sea fructífero á nuestro joven amigo su viaje al Parnaso.

Abundancia — La aglomeración de material en el presente número, nos ha obligado á sacar las interlíneas, postergando, apesar de esto, para el próximo, un artículo «Cuestiones íntimas» de P. B. y N. y la lista de suscripción.

Diarios nuevos — Se anuncia la publicación de dos: uno italiano, de propiedad del señor Bonomi, y otro político, redactado por el diputado don Eduardo Flores. Que vengan, son nuestros deseos.